



Ricardo Larraín en la frontera

Carlos Franz

El filme *La Frontera*, de Ricardo Larraín, comienza con el cruce del Estigia, el río de la muerte. El profesor de matemáticas Ramiro Orellana y sus guardianes, traspasan en balsa un río del sur profundo chileno, entre la niebla. Viéndolos recordamos las nieblas que cruzan la embarcación que busca a Kurtz, río arriba, en *Corazón de Tinieblas*; o esa niebla de la cual se desprende, como un cuerpo de la vida, el vapor que lleva a Aschenbach a morir en *Muerte en Venecia*. (Asociaciones que no tienen nada de casuales en el magnífico guión de Goldenberg y Larraín). También Caronte va a bordo de esta balsa chilena: es un borracho delirante que anuncia calamidades incomprensibles, y dibuja alguna clase de hecatombe sobre el vidrio empañado del automóvil.

La Frontera termina con el cumplimiento de ese Apocalipsis anunciado al comienzo. El maremoto que arrasa por segunda vez el pueblo, el temido regreso del mar que lo cubre todo y reduce los sueños y batallas -políticas, eróticas- de los seres humanos que habitan la Frontera, a meros restos de un naufragio.

En medio de estos dos reclamos de la muerte, está la metáfora central de esta película: Ramiro Orellana trabaja con el buzo del lugar. El buzo tiene una utopía: en el lecho del océano hay un «hueco», un gran resumidero por el cual se fue el agua que sobró el día del Primer Maremoto. Juntos bucean buscando ese hueco, esa abertura, ese pasaje. Pero casi lo único que logran sacar del fondo es un juguete; lo que en Chile se conoce como un «mono porfiado», una figura que no importa lo fuerte que se la golpee o cuánto se la incline, siempre vuelve a la vertical, siempre vuelve a ponerse de pie.

Que yo sepa, pocas veces el cine latinoamericano ha sido capaz de crear una imagen a la vez tan poderosa y tan serena, de nuestra condición limítrofe, marginal. La frontera es metáfora de Latinoamérica. Metáfora de estos delgadísimos filamentos en los que vivimos

y transitamos. Entre el ser y el no ser: libres, desarrollados, cultos, vivos o muertos. En esencia, lo fronterizo nos atraviesa por el medio a cada uno. De allí nuestra frecuente pasión de muerte. Por estos lados, el borracho apocalíptico siempre tiene razón: ¡que viene el maremoto!, nos anuncia. Y sabemos que viene de lo más hondo de nosotros mismos, de las profundidades abismales de nuestro ser. La única forma de escapar a esta radical soledad de la frontera latinoamericana, nos dice *La Frontera*, consiste en buscar el hueco, el pasaje hacia ese otro mundo que no puede ser ni el territorio de acá, ni el de allá; ni el de ustedes, ni el de los otros. Sino el nuestro: uno nuevo, tan misterioso, que hay que bajar a buscarlo hasta el fondo del océano. Entonces, la paradójica angustia latinoamericana entraña que, para encontrar ese hueco, ese pasaje liberador, hay que cruzar un Estigia, dejarse devorar por el maremoto, acercarse a la muerte.

En la escena final de la película, Ramiro Orellana repite obstinadamente ante una cámara de televisión la ofensa política que le costó ser relegado a esa frontera. Lo habían dejado libre días antes pero él decidió quedarse. Un maremoto político le había arrebatado su mundo anterior; otro, le vino a quitar hasta lo poco que halló en la Frontera. No le queda nada. Excepto esa tenaz utopía: en alguna parte debe haber un «hueco» para nosotros. Y para buscarlo somos como «monos porfiados». Nos golpean y volvemos a pararnos, nos arrastra el mar y de algún modo, al final, flotamos.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo